

# Dos autores bahreínes

*Traducción e introducción de  
Milagros Nuin*

Los fragmentos aquí traducidos han sido seleccionados del libro *Al-Yawasin* (Las corazas), publicado en 1989, en Casablanca (Marruecos). Esta obra, que se ha resuelto en una extraña mezcla de prosa poética y poesía, responde a una experiencia nueva emprendida por los dos autores bahreínes Qasim Haddad y Amín Salih, el primero poeta y el segundo prosista. En estos textos encontramos elementos, más o menos deformados, que nos remiten al pasado histórico de las islas de Bahrein, sus características geográficas (frecuentes referencias al mar) y otros aspectos de carácter religioso o místico sufi. Sin embargo, sería inútil buscar aquí un significado estricto, pues, como los propios autores avisan al lector, ellos no son los poseedores de ninguna clave, y es el lector quien ha de reescribir el texto interpretándolo a su modo al leerlo.

---

## **Aquellos eran sus sacrificios:**

Se peinaba el cabello por la noche, sola, descubierta al aire libre, sin más compañero que una vela, cuya llama coqueteaba con el viento que la rozaba. ¿Por qué no dormía a esas horas como hacían sus compañeras?

Se levantó al poco pesadamente, tomó la vela y se fue. Quien la viera pasear así entre los campos, pensaría que era una guardiana que revisaba los rincones del pueblo. No podía dormir y había intentado entretener el insomnio hasta aburrirse. Salió a la búsqueda de seres más atractivos y sorprendentes. Un pájaro azul voló sobre ella, alzó la cabeza, pero ya se había ido, dejando tras él una estela blanca que enseguida desapareció. Se acercó a un roble, que imitaba las campanas de día, y, por la noche, sus ramas se coronaban de nieve, tanto deseaba disfrazarse.

Se sentó bajo él, puso la vela a su lado y apoyó la espalda en su tronco moteado de blanco. Quizá adornara con sus mechones una choza donde vivieran las profecías; pero ellas eran aladas, y nadie conocía sus trayectorias. Por ello no podía prever lo que iba a suceder. Al final de la noche, apagó la vela, y el roble se despojó de su camisa de nieve.

Se dijo que ella estaba dormida profundamente cuando la sorprendieron las puñaladas. Se contó que ella había soñado su muerte y había pedido auxilio al Señor, que le acarició el pelo y la tranquilizó... Se rumoreó que ella se había despertado asustada y había intentado arañarles sin saber que sus uñas eran transparentes como la luz. Se supuso que había sido una matanza donde había reinado la destrucción total. Ella buscó su vela sin hallarla; recogió sus ropas remendadas con hilos de sangre; tomó la jarra y se fue descalza en dirección al río. Halló al río palpitando, se sentó a la orilla y lloró.

## La creación empezó en el destierro:

Los marineros se esparcieron con calma bajo las cortinas de la tormenta, alzando los compases y los catalejos mojados en la aventura. No se habían dado cuenta de las islas ecuatoriales que les apuntaban con los ananás y los cocoteros, mientras el halcón, el capitán de la nube, perforaba con su pico metálico el vacío y conducía a las naves vacilantes orgullosamente hasta unos continentes inexplorados.

Eran unas naves que conocían la disputa y la lengua de la tormenta, y además apreciaban la amistad de las olas a pesar de su volubilidad. Los blancos tiburones se atrincheraban detrás de los despojos de un pulpo gigantesco y escuchaban fascinados aquel diálogo, que no estaba exento ni de claridad ni de rareza. Unos esforzados bárbaros, procedentes de unas cuevas lejanas, habían entrado en la infancia del agua, acarreado consigo unos sagaces pueblecitos para fundar los reinos del oro. Con sus poderosos antebrazos lanzaban al aire el sueño de poseer todo el universo, y sus oscuras canciones se inflamaban cada vez que amenazaban una sociedad en decadencia donde sus miembros luchaban entre sí.

Había una isla rebosante de gacelas y de plataneras. En sus riberas vivían prostitutas abstemias de sexo, que deban lecciones de química y de astronomía. En la otra orilla estaban los comerciantes de madera, esencias y tejidos; se habían acostumbrado a hacer apuestas sobre los cambios marinos mientras oteaban en sus relojes de arena la agonía de la tormenta. Luego transportaban sus mercancías a regiones vecinas que todavía no conocían el trueque.

Las contradicciones se concentraban en esta isla, pues sus elementos no eran homogéneos: La jirafa se asociaba con los depredadores; la serpiente tenía como recurso la sabiduría y era piadosa; la mujer cambiaba de sexo; el niño pasaba a la madurez cuando lo deseaba, y el hombre podía reunir en un mismo ser la virilidad y la femineidad. Cada cual podía tomar otro rostro y otra ocupación. Hasta las estaciones, que se habían distinguido por la exactitud y el equilibrio, no se ajustaban a un solo eje de temperatura. Habían perdido a su jefe que se había degradado hasta la mendicidad. La isla podía también disfrazarse bajo el aspecto de una nube o de una caracola, trasladar sus pozos y sus árboles de un lugar a otro, allanar sus promontorios o curvar sus campos, y también aparentar valentía o locura. Hacía todo aquello para protegerse a sí misma de los corsarios alados, que la acechaban desde todos los lados, y no se daba cuenta de que hacía tiempo que ya se habían marchado con los geógrafos a lejanas tierras, cuyos tesoros todavía no se habían descubierto.

Se fueron con sus bromas exuberantes y sus nobles sentimientos, llevando consigo pocos alimentos y mucha lástima por la partida.

Se ausentaron igual que nuestros antepasados entre los mapas de la noche, habiéndose atado la bravura a las muñecas, sumergidos en la soledad de la sangre. Miraron, con una oleada de anhelo, el destello de un puerto, que les transmitió después un miedo incontenible y les secó sus lágrimas avergonzadas en el momento en que les hería la vida errante.

Transcurrirá largo tiempo antes de que las islas comprendan toda la sensibilidad de sus sentimientos y la nobleza de sus aspiraciones. Les debía de haber amado y haberles acogido amablemente en lugar de condenarles a la enemistad y a la incompreensión. Así corrían las escuadras de un abismo a otro, buscando los escondrijos de los corsarios, y, en medio del fragor, la tierra firme corría hacia el río y el río hacia ella.

Había negras tatuadas por la adivina, perfumadas de azucena, apiñándose a la entrada de la espesura, que se lamentaba cada vez que luchaban entre sí los toros salvajes. Se habían desnudado de las aureolas de la religión y habían salido sin ningún recato de la celda del gran sacerdote después de haber profanado el templo y haber mancillado los rituales con la orina y la menstruación, mientras se preparaban jubilosas para las escisiones.

Inventaban fábulas, pero la selva no conseguía su plenitud, no obtenía su magia más que con la presencia de las negras, las cuales se habían ungido los pechos con la grasa de los muslos de un leopardo.

Y en la selva, oscura por la blancura de las historias, el incauto contemplaba el rapto del cielo cuando le cosquilleaba la pluma, y todo se iba oscureciendo bajo las palmas de la noche.

El globo terráqueo giraba en el cuerno de un búfalo que rumiaba en el establo. El lince, convicto de asesinato, pedía prestado el color rubio del lago y lamía el espejo de su hembra. La negra elogiaba la maternidad de la luna y extraía de su ombligo encantadores de serpientes, princesas y zocos. Los toros salvajes inauguraban arenas polvorientas pavimentadas con el eco. Los onagros fosfóreos, tumbados sobre unas esteras de fibra, observaban todo esto, lo observaban parpadeando al invierno de la selva y murmurando:

— El sueño es la primavera de las cosas, la niñez del ayer.

Había animales roedores, pero la naturaleza se había provisto de abundantes oráculos. No era extraño que un día lleno de colorido, oloroso de especias se inspirase en el helecho, y que los elegantes zorros le persiguieran y asediaran la tierra con cinturones de cuero. Sobre la nieve, estaba la sangre de una leona que soñaba desdeñosamente. Unas cataratas se descolgaban sobre los hombros de la montaña, hendiendo el espacio con sus enormes pasos. Un astro abría su maleta y vertía allí los alegres meteoros.

Todo el mundo estaba salpicado de magia.

♦♦♦♦

Me siento en la corte de la reina,  
mis tobillos en las brasas de la confusión.  
Vagabundeo extraviado entre la derrota y la persecución  
y no hallo descanso en ningún lugar.  
Su corona está adornada de nieve, la pluma del orgullo entre  
/sus mangas.

Elegí para ella zumo de melocotones, tal vez así no le  
/afectara el enojo de la compañía.

Me mira igual que a su oscuro espejo,  
su ligero palanquín es la torre de las apuestas.

Cada rey envía a sus emisarios:

ofrece el amor por aquí,  
ofrece la guerra por allí,

y los expertos antebrazos acarrear y protegen el palanquín  
gracioso como la tiara de un bufón.

Me senté en la corte de la reina,  
abandonada mi camisa en su cámara,  
mientras interpelaba a mi cuerpo sobre mi pequeña historia.  
desde los tobillos hasta los hombros.

esta es la pequeña historia que atesoro.

— ¿De dónde has conseguido todo este legado?

Los emisarios de los reyes se apresuraban tras la sombra de  
/mis pasos.

Estaba en el oro del letargo,  
en el origen de la noche, exhuberante de extrañeza  
y de conflictos.

Estaba en la corte de la reina,  
y me regalaba su oculto tesoro.

♦♦♦

¿Por qué entramos en este túnel infernal?

No hay luz,

ni un susurro, ni una conversación.

La fábula duerme aquí.

Doblamos las armas igual que si fueran capas,  
después de largos intervalos de amuletos.  
Nos sumergimos entre las mandíbulas de las conjeturas  
como si nos hubiera emborrachado el éxtasis de los finales.  
Nuestro viaje fue abominable.